

— ¡Guerreros toblongos, tenemos un gran problema! –clamó el hechicero–. ¡Si hay alguno que no tiene miedo a la muerte, desprecia el peligro y quiere salvar a la aldea del gran leopardo, que se presente mañana al alba frente a la puerta de mi choza!

El gran hechicero se acostó convencido de que al día siguiente frente a la puerta de su choza se encontraría con docenas de valientes guerreros dispuestos a matar al gran leopardo.

Sin embargo, al día siguiente no apareció ningún valeroso guerrero. Pero se presentó alguien: Tanga, la hija del gran hechicero.

— Hija mía, ¿qué haces tú aquí? –dijo el gran hechicero, abatido al no ver a ningún guerrero.

— Padre, he venido a matar al gran leopardo –anunció Tanga.

— ¿Qué? Tú no puedes ir.

— ¿Por qué no? –replicó ella.

— Porque eres una mujer.

— ¿Y qué?

— Y las mujeres tienen que estar en las chozas, haciendo las tareas del hogar.

— Veamos, padre. ¿No dices siempre que soy la persona más inteligente de la aldea?

— Es verdad. Después de mí, no hay nadie más inteligente que tú en toda la aldea.

— ¿Y no dices siempre que soy la más rápida y ágil de toda la tribu?

— Es cierto. No es porque seas mi hija, pero no hay nadie más rápido y ágil que tú en toda la tribu.

— Y además, padre, soy mayor y puedo hacer lo que me venga en gana –dijo Tanga tajante.



— Pues es verdad –dijo el gran hechicero resignado–. ¿Qué quieres entonces? ¿Para qué has venido?

— Quiero tu bendición, padre.

— Está bien, hija mía. Te la daré, pero no ahora. Será mañana al amanecer.

Y dicho esto el gran hechicero se retiró cabizbajo y preocupado a su choza.

Esa noche el gran hechicero no pudo dormir, y no solo por la preocupación sino también porque estuvo preparando grandes conjuros mágicos.

Al día siguiente, con los primeros rayos del sol, Tanga llegó a la choza de su padre portando una gran lanza.

El gran hechicero salió a recibirla. Su cabello revuelto y sus visibles ojeras denotaban que había pasado toda la noche en vela.

— Hija mía –dijo con voz grave–. Te voy a dar mi bendición, pero antes prométeme que jamás te separarás de este cuchillo –y mostró un pequeño cuchillo de madera de ébano.

— Lo prometo, padre.

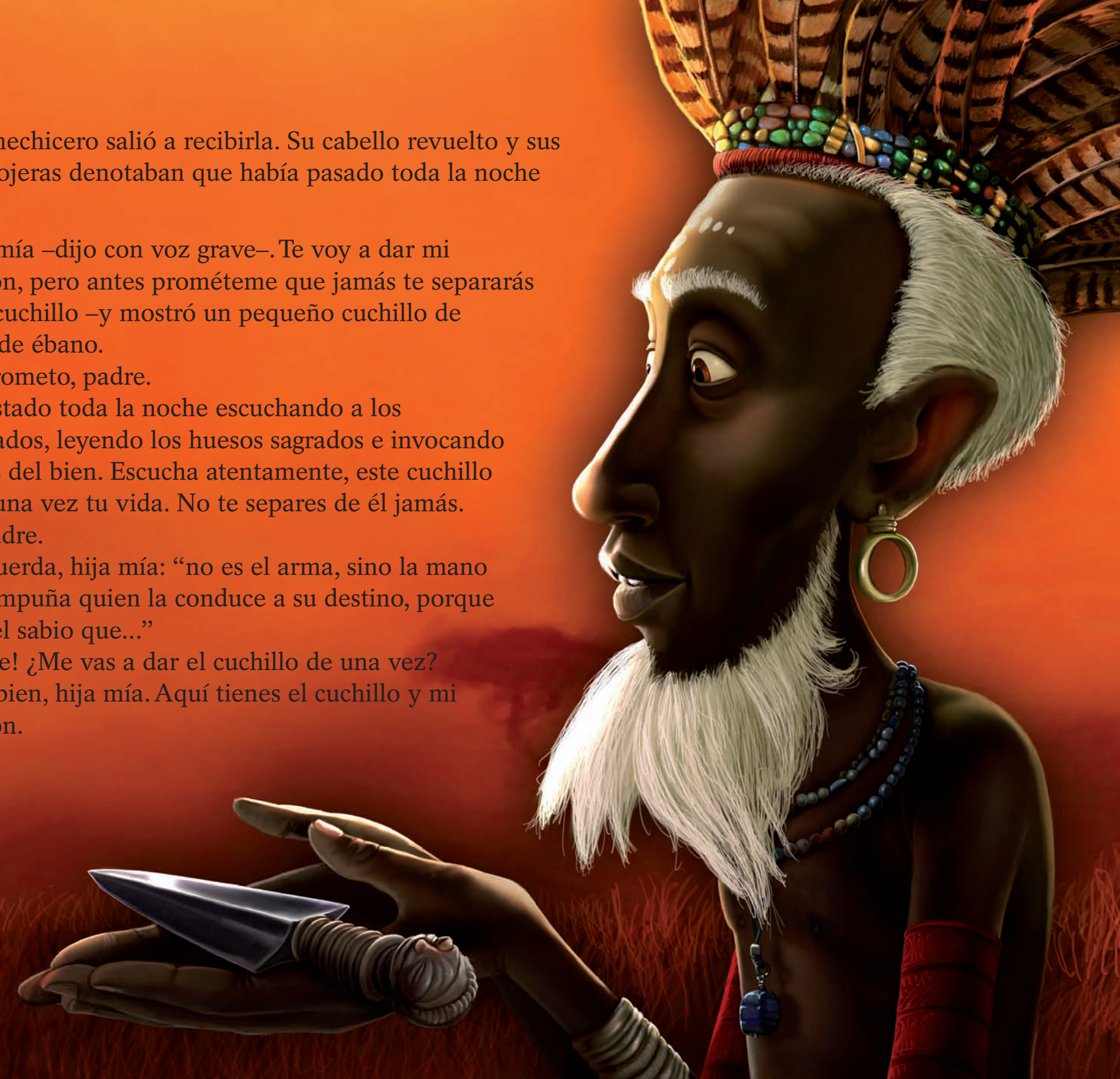
— He estado toda la noche escuchando a los antepasados, leyendo los huesos sagrados e invocando espíritus del bien. Escucha atentamente, este cuchillo salvará una vez tu vida. No te separes de él jamás.

— Sí, padre.

— Y recuerda, hija mía: “no es el arma, sino la mano que la empuña quien la conduce a su destino, porque ya dijo el sabio que...”

— ¡Padre! ¿Me vas a dar el cuchillo de una vez?

— Está bien, hija mía. Aquí tienes el cuchillo y mi bendición.





Y así Tanga salió del poblado y se internó en la selva.

Durante todo el día caminó y caminó buscando huellas, víctimas o excrementos del gran leopardo. Pero no encontró nada, y al llegar la noche estaba muy cansada. Tanga comió unos frutos y se refrescó en un arroyo. Después se hizo un lecho de hojas para dormir, dejó a un lado la lanza y, cuando iba a dejar el cuchillo de ébano, recordó lo que le había dicho su padre: “este cuchillo salvará una vez tu vida. No te separes de él jamás”. Por lo que decidió dormir con él en la mano.

Tanga estaba tan cansada que se durmió enseguida profundamente. Y esto en la selva es muy peligroso. Hay que dormir siempre con un ojo abierto.